

Enfermedad en cuerpo y alma. Aproximación a Talpa de Juan Rulfo*

Francisco Guzmán**
Olvido26@hotmail.com

El dolor aparece ante nuestra conciencia como una injusticia, un suceso ilógico, una ofensa y un agravio. El sujeto se siente disminuido para programar su vida y siente un gran conflicto entre el deseo y el obstáculo. La actitud frente al dolor pone a prueba su máxima libertad.

Resumen

En *Talpa* (1991) el personaje central está enfermo, sufre terribles dolores y finalmente sucumbe. De esta manera se contrapone al concepto de metaforización de la enfermedad, ya que su fin es encontrar el alivio postergando la muerte. Como lo plantea Susan Sontag, para ella, las enfermedades, principalmente las duraderas o crónicas, encierran una relación metafórica en la que subyace el castigo, la expiación y la culpa, también contienen aspectos románticos, pero son pocas veces tratadas desde la simple forma biológica del ser humano. "La metáfora de la enfermedad siempre ha servido para reforzar los cargos que se le hacen a la sociedad por su corrupción o injusticia" (Sontag, 2003:101). La experiencia de la enfermedad es evidentemente de índole personal. Los demás pueden participar del proceso, ayudar, sentir conmiseración, en muchos casos sufrirlo, pero no pueden sustituir su experiencia. El proceso de la enfermedad y la medida del dolor es inmensurable, es decir, lo subjetivo rige todos los ámbitos.

*Trabajo presentado en el marco del Seminario de Trabajo de Grado de la Maestría en Hermenéutica Literaria. Universidad EAFIT.

**Candidato a Magister en Hermenéutica Literaria. Universidad EAFIT. Licenciado en Español y Literatura. Universidad de Antioquia.

En *Talpa*, la muerte es la pérdida del cuerpo, con ello se acaba la persona. Apartados de ideales románticos o heroicos, la muerte es solo el fin de la vida, entenderla y aceptarla es menester de la condición humana. En este texto se pretende aproximarse al significado del dolor y de la enfermedad y su relación con elementos inconscientes que subyacen como antesala inexorable a la muerte.

Palabras clave: Dolor, enfermedad, muerte, literatura

Abstract

In *Talpa* (1991) the central character is sick and suffers terrible pain and finally succumbs. This way is opposed to the concept of metaphorization disease as suggested by Susan Sontag, for her, diseases, mainly lasting or chronic, enclose a metaphorical relationship that underlies the punishment, atonement and guilt, also they contain romantic aspects but they are rarely treated from simple biological form of human being. "The Disease metaphor has always served to reinforce charges that are made to society by corruption or injustice" (Sontag, 2003: 101). The experience of illness is obviously personal. Others can participate in the process, help, feel pity, in many cases forbearing, but cannot replace experience. The process of the disease and the extent of pain is immeasurable, the subjective governs all areas. In *Talpa*, death is the loss of the body, thus the person is finished. Sections of romantic ideals or heroic, death is only the end of life, it is necessary to understand and accept the human condition. This text is closer to the intended meaning of pain and disease as inexorable death anteroom.

Keywords: Pain, illness, death, literature

Enfermedad, amor propio y culpa

“La enfermedad es un conflicto entre el alma y el cuerpo” J.S. Bach

La enfermedad, y el dolor representan la expulsión del reino de los sanos para penetrar en el mundo de los enfermos, un terrible lugar de marginación al cual se llega y el cual no se puede abandonar hasta que no se haya sanado. Cuando se está enfermo se depende de los otros, para suplir las necesidades del cuerpo, generándose una especie de reclusión que implica la pérdida de la normalidad, de la intimidad. “El dolor del cuerpo exige una completa atención. Cuando el que habla es el cuerpo enfermo, cuando los dolores son recurrentes, cualquier equilibrio o armonía se ve irremediamente trastocada, herida” (Martínez Passarge, 2004:2). El enfermo pierde su *persona*, se vuelve improductivo para la sociedad, sin función aparente.

La necesidad de encontrar una cura al dolor y a la enfermedad, es tan antigua como la muerte misma y el afán por hallar sentido al porqué de nuestra vulnerabilidad y tendencia al dolor y a la enfermedad, han sido una constante preocupación del hombre desde siempre y en todas las culturas del mundo. No solo en los ámbitos de la medicina o las técnicas de cura empleadas por sacerdotes, chamanes, y guías espirituales, sino también de pensadores y artistas de diferentes tendencias y épocas. Tan histórico como el hombre es el temor a la muerte y su directa relación con el dolor y la enfermedad, por ello, el hombre ha vivido en una constante batalla en su contra, incluso desde la negación¹ misma. Así de imperante como el deseo de vivir, es la lucha por no morir, o al menos aplazarla, postergarla.

La afección que llamamos enfermedad es una manifestación que, plena de sentido, nos ofrece la posibilidad de confrontarnos con lo que subyace en ella. Esto quiere decir, que la enfermedad tiene un sentido inconsciente y quizás en gran parte consciente. Es todo aquello que se oculta y que quiere salir, ser expresado, exteriorizado, pero que por algún motivo incomprensible para la gran mayoría, lo reprimimos. Es posible también, que aun conociéndolo, no sabemos qué hacer, pues esto implica cambios en la existencia que hacen tambalear la lógica de la realidad en que nos movemos, romper esquemas morales, religiosos o de índole social.

Freud plantea que la pulsión inscribe en lo psíquico lo somático. Esto se entiende bien en la medida que dilucidamos que el sujeto experimenta las demandas que nacen del cuerpo. El ser humano se siente culpable por algo que no son precisamente actos concretos, si nos adentramos en su vida interior, íntima, encontramos que aunque no haya nada reprochable, este sentimiento aparece motivado desde la realidad interna, desde las fantasías del orden destructivo y por supuesto, sexual y lo agresivo que ha quedado prohibido al interior. El sujeto se siente pecador tal como en la oración católica² que “he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión: por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.”

Del mismo modo podríamos pensar que reacciona el cuerpo, una representación psíquica que hace que se produzcan tan variadas formas de asimilación. Así. La realidad psíquica, tan válida como la otra realidad, la objetiva, va a tener una relevancia tan alta o quizás aún mayor que la concreta en las respuestas orgánicas. Realidad simbólica que es determinante en el ámbito patológico o de bienestar. Cuando se enferma en lo físico, se producen cambios psicológicos y viceversa, bien porque sean síntomas de la patología o porque surjan como efecto de un deterioro emocional.

La enfermedad del cuerpo se relaciona con el amor propio, pues nos recuerda que somos vulnerables y finitos y que siempre nos acecha la muerte como un mar alrededor de una isla. Aun pensando en la cura, nos atormenta la posibilidad de vestigios y secuelas o lo impredecible, cuando no sabemos con certeza de qué se trata. Estos temores están relacionados con nuestra culpa inconsciente, la cual aparece en forma de interrogantes, las cuales, están en estrecha conexión con las fantasías, los deseos y lo prohibido. El hombre es un ser enormemente conflictivo y enfermo. La enfermedad y la muerte destruyen las ilusiones de grandeza y ponen fin a cada una de sus miedos. Las personas viven desde su ego y éste necesita poder. El *Yo* vive de la disociación y, por lo tanto, tiene miedo de la entrega, del amor y de la unión. La enfermedad compensa todos estos prejuicios por el procedimiento de empujar al ser humano, en la misma medida en que él se desplaza del centro hacia un lado, hacia el lado contrario por medio de los síntomas.

1. El yo pecador. <http://www.7pecadoscapitales.net/oracion-el-yo-pecador-yo-confieso>.

La enfermedad contrarresta cada paso que el ser humano da desde el ego, con un paso hacia la humillación y la indefensión. Por lo tanto, cada facultad y cada habilidad del ser humano le hace proporcionalmente vulnerable a la enfermedad.

Todo esfuerzo por tener una vida sana, conlleva a la enfermedad. Es una constante paradoja. A pesar de que esta idea se contrapone a nuestro momento actual, donde los avances médicos y tecnológicos promueven la salud perfecta, la belleza y el estereotipo de “vida sana y natural”. Se parte ahora del supuesto de que la enfermedad es evitable y que el hombre es intrínsecamente sano, y puede ser alejado de la enfermedad, cada día por más variados métodos. Es apenas lógico, que suene más eufónico el mensaje de esperanza que esta aterradora verdad: el hombre es un ser enfermo. La enfermedad es inherente a la salud como la muerte lo es a la vida, esta dicotomía es inexorable a toda persona, y más temprano que tarde nos vemos obligados a comprobar su validez. La muerte es, de todas las certezas, la más absoluta.

La vida es amarga, por más distractores que inventemos, es un camino de desilusiones. A las personas se nos van acabando una a una las ilusiones, hasta que miramos con pragmatismo a la verdad a la cara. En este orden de ideas, quien aprende a ver en la enfermedad, el deterioro físico y la muerte aspectos indefectibles e inexorables de la vida, entenderá el verdadero sentido y propósito de los mismos. Los síntomas y el dolor nos muestran que hay muchas cosas irresolutas en nuestro interior. La enfermedad siempre aparece en el punto más vulnerable, basta con un pequeño dolor para quebrantar una gran arrogancia o el ímpetu de la vanidad. Esto es precisamente lo que nos hace odiar a la enfermedad, por ello todo hombre está dispuesto a hacer cualquier cosa por vencerla, por desterrarla de su cuerpo. El texto que nos ocupa es un claro ejemplo de ello; el protagonista enfermo emprende un viaje tortuoso, una peregrinación dolorosa, sordo a cualquier tentativa de persuasión, convencido que un milagro, un acto beatífico le devolverá la salud perdida.

“Para eso quería ir a ver a la Virgen de Talpa; para que Ella con su mirada le curara sus llagas. Aunque sabía que Talpa estaba lejos y que tendríamos que caminar mucho debajo del sol de los días y del frío de las noches de marzo, así y todo quería ir. La Virgencita le daría el remedio para aliviarse de aquellas cosas que nunca se secaban.” (Rulfo, 2001: 20).

Nuestro ego nos susurra al oído y nos hace cerrar los ojos a la realidad. Ya hemos mencionado que ni la medicina moderna ni un estilo capitalista de “vida sana” tienen probabilidades de éxito total para evitar la enfermedad.

La enfermedad hace curable al ser humano.

La enfermedad es un punto de inflexión en el que el hombre puede completarse. Para que esto se dé, es necesario que el hombre aprenda a escuchar y ver lo que los estados de enfermedad y dolor vienen a decirle.

Cómo definir la enfermedad?

La enfermedad es la alteración del equilibrio de un organismo vivo, es la anomalía que altera la salud como su estado diametralmente opuesto. El concepto de enfermedad ha estado siempre más cercano a la medicina, pero también se utiliza en otros ámbitos. Hay muchas maneras de clasificar la enfermedad, entre físicas y mentales, y también la enfermedad del alma. Clasificarlas por su origen, genético o adquirido o derivado de los malos hábitos y prácticas perniciosas o la enfermedad común y las raras (las enfermedades raras son aquellas que afectan a un número muy reducido de individuos y la ciencia tiene poco conocimiento al respecto). Desde un punto de vista convencional, las enfermedades deben ser tratadas para recobrar la salud perdida y para eliminar el dolor asociado a ellas. Toda enfermedad trae consigo una dosis de sufrimiento que va más allá del cuerpo.

Aproximarnos a un posible significado, más allá de la simple definición, nos permite entender más de cerca el relato del doloroso viaje que nos ocupa. Cuál es la semántica que subyace, en relación al dolor, enfermedad y muerte. En *Talpa*¹ el protagonista padece una espantosa enfermedad, una horrible laceración en la piel. La enfermedad es pues el marco central de la narración, es por ella y a partir de ella, que los personajes inician un viaje para encontrar la cura, obtener un milagro de la virgen, que le devuelva la salud a Tanilo Santos.

¹. *Talpa* es uno de los cuentos que hacen parte del libro de cuentos *El llano en llamas*. Talpa de Allende es un municipio y pueblo del estado de Jalisco, México. Se localiza en la Región Sierra Occidental; a 190 kilómetros al oeste de Guadalajara.

La pregunta que el hombre se ha hecho desde siempre, respecto a qué es la enfermedad, ha tenido muchas respuestas; desde la perspectiva científica, psicológica, social y cultural. La enfermedad es el desequilibrio natural de un organismo vivo, como agresión externa, como consecuencias de actividades insanas y estilos de vida caprichosos, como desgracia y también como castigo divino y prueba de fe. Pensemos en todos los santos y mártires y sus suplicios. Para el enfermo, no solo es tener una enfermedad, sino el “ser” enfermo, esa dolorosa transición de pasar del ámbito de la salud al de la enfermedad. Susan Sontag al respecto dice:

“La enfermedad es el lado oscuro de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar. (Sontag, 2003: 103)

El dolor es inherente a los seres vivos, en nuestro caso, es una experiencia subjetiva, es una señal de alarma que cumple una importante función biológica y adaptativa, la supervivencia, preservar la integridad del organismo. El dolor atrapa toda la atención, es incomunicable, tiene varios componentes y por ello es muy complejo. La mayoría de los autores la definen como experiencia emocional desagradable, asociada con daño real o potencial. Por mencionar algunos de esos componentes, sin pretender adentrarnos mucho en el tema, está el componente fisiológico, el psicológico, el psicoafectivo, el cognitivo o el existencial. En ese orden de ideas, vemos que el dolor no solo es la percepción física, el dolor trasciende en otros planos. El dolor ataca al sujeto en su mismo ser (yo), involucrando la totalidad del ser, porque somos un cuerpo, la persona es el cuerpo. En el concepto del yo, el cuerpo es el elemento primordial, pues es la imagen propia que se tiene de sí mismo, el cuerpo sano es el fundamento del ser humano, el cuerpo es también lenguaje. La enfermedad y el dolor son entonces, el desequilibrio y la pérdida de la armonía. El sujeto toma esto como una traición de su propio cuerpo, nuestro yo se ve vulnerable, abandonado.

En los seres humanos, el dolor y la enfermedad tienen un difícil significado, porque el dolor nos enfrenta a una crisis, a un desequilibrio emocional que afecta, naturalmente todos nuestros ámbitos, poniendo en vilo nuestra identidad, obligándonos a replantear toda

nuestra premeditada existencia. La angustia es inherente a todo ser humano y se engancha de muchas maneras a la relación que el sujeto tiene con la realidad, una de ellas tiene que ver con los síntomas somáticos.

Desde aquel día en que amaneció con unas ampollas moradas repartidas entre los brazos y las piernas. Cuando después las ampollas se le convirtieron en llagas por donde no salía nada de sangre y sí una cosa amarilla como goma de copal que destilaba agua espesa. (Rulfo, 2001: 16)

Pero Tanilo comenzó a ponerse más malo. Llegó un rato en que ya no quería seguir. La carne de sus pies se había reventado y por la reventazón aquella empezó a salirse la sangre. Lo cuidamos hasta que se puso bueno. Pero, así y todo, ya no quería seguir: (2001: 16)

Las dimensiones de la enfermedad para el sujeto que la está padeciendo, son muchas y alteran directamente su vida. Una cosa es sentirse enfermo, saberse enfermo, pero otra mucho más grave es sentir que su existencia, su *yo* está amenazado. La enfermedad constituye entonces una crisis para toda la persona, la cual podemos denominar una crisis espiritual. Admitimos que existe una estrecha relación entre espiritualidad y salud. Hay una gran cantidad de definiciones de espiritualidad, sobre todo de índole religioso. Este concepto para los católicos se centra en el sentido de fe, y proporciona el significado a la vida y al sentido de persona. Tanilo asume su enfermedad como una *prueba de fe*, y también como un castigo, quizás por algunos hechos que no se hacen explícitos en la obra.

Toda enfermedad tiene una gran carga afectiva para su doliente, la cual está relacionada con la culpa, puesto que nadie merece la enfermedad, el estado ideal del bienestar es obviamente la salud. El paraíso está exento de enfermedad y muerte. El castigo y la culpa siempre se han representado con la enfermedad. Estar enfermo, más aun de horribles enfermedades físicas, cuyos síntomas y derivaciones son externos, como las llagas y las erupciones o las malformaciones y protuberancias, es una clara evidencia del castigo divino.

La manifestación del dolor es individual, cada persona lo manifiesta de una manera diferente, de acuerdo a sus particularidades físicas y psicológicas. Sin embargo, el dolor es un acontecimiento existencial y el sujeto lo verbaliza y lo describe con expresiones metafóricas, dotándolo de significado. El dolor como todas las experiencias a través de los

sentidos, en un asunto privado, personal, puesto que cada sujeto representa, resignifica lo que es incomunicable, es fundamentalmente un enigma. Pues, resulta inexpugnable comparar lo que vive un sujeto frente al dolor y la enfermedad, puesto que se conjugan una serie de elementos intangibles e inconmensurables: cuerpo, mente, espíritu, conciencia e inconsciencia. No podemos juzgar lo indescriptible.

Es necesario establecer una diferencia entre el sentido general como acepción y un significado más amplio en el ámbito de lo personal. En sentido práctico y cotidiano, todos sabemos lo que es el dolor, y todos sabemos cuándo se necesita un alivio a un malestar. Omitiendo las psicopatologías los seres humanos por naturaleza sentimos conmiseración por quien padece un dolor, es apenas una condición de identificación y proyección hacia uno mismo.

La enfermedad sufrida por el protagonista, la cual no se precisa en el texto, sugiere una infección en la piel, una especie de lepra, de acuerdo con el diccionario de enfermedades (Martel). Las enfermedades de la piel, tienen relación con el sentimiento de no tener el contacto físico para procurarme el amor que necesito, las infecciones, se relacionan con la frustración frente a diferentes aspectos de mi vida.

Mi carne está vestida de gusanos, y de costras de polvo;

Mi piel hendida y abominable.

Y mis días fueron más veloces que la lanzadera
del tejedor,

Y fenecieron sin esperanza.

Acuérdate que mi vida es un soplo,

Y que mis ojos no volverán a ver el bien.

Los ojos de los que me ven, no me verán más;

Fijarás en mí tus ojos,

Y dejaré de ser. (Job, 7, 5-8)

La muerte de Tanilo es vista por su hermano y su mujer como la solución a la punzante conciencia de que están robando y traicionando. El hombre por su parte está *deseando la mujer del prójimo*, más que prójimo, la de su hermano. La enfermedad que no parece tener cura, las crónicas, las irremediables son una condena a muerte. El enfermo

sabe que no hay marcha atrás y que solo la fe es el paliativo inmediato. Aquí los protagonistas lo saben, y se ocupan de que dicha condena se haga efectiva con prontitud. La muerte, en la obra de Rulfo, a diferencia de otros autores, no es totalitaria. La muerte asume su más estricto sentido, pero no elimina la perspectiva de la otra verdad, la vida.

“La muerte es inalterable en el espacio y en el tiempo. Es solo la muerte, sin contradicción ninguna, sin contraposición con la nada ni con algo. Es un lugar donde no existe la vida ni la nada. Todo lo que nace de mí, es la transformación de mí mismo. Los gusanos que han roído mi carne, que han taladrado mis huesos, que caminan por los huecos de mis ojos y las oquedades de mi boca y mastican el filo de mis dientes, se han muerto y han creado otros gusanos dentro de su cuerpo, han comido mi carne convertida en hediondez y la hediondez se ha transformado hasta la eternidad en pirruñas de vida, en el desmorecimiento de la vida. Pero la muerte no ha avanzado. Estoy aquí sitiado por la tierra, en el mismo lugar donde me enterraron para siempre”. (Rulfo: *cuadernos*, p.30).

Cuerpo y culpa

Talpa es un cuento evidentemente religioso. Una peregrinación en busca del milagro de la cura para el enfermo y la cura de la culpa para el hermano y su infiel cuñada, al desembarazarse del objeto que la representa. Como muchos de los cuentos de Rulfo, el narrador en primera persona relata los hechos pasados, en una especie de expiación a través de la confesión a un lector-sacerdote, liberando en la magia de la palabra el peso del pecado. Pero dicha confesión tiene poco efecto liberador y sanador, porque el narrador y su cómplice, la esposa del muerto, enferman terriblemente de la enfermedad de la culpa, un lastre que se encona igual que las úlceras de Tanilo el protagonista, extinguiendo el deseo y separándolos. El narrador por momentos justifica su acción como si estuviera confesando su culpa: “La idea de ir a Talpa salió de mi hermano Tanilo. A él se le ocurrió primero que a nadie. Desde hacía años que estaba pidiendo que lo llevaran. Desde hacía años (Rulfo, 2001:18).

No obstante, el narrador cae en la cuenta de que sus palabras son estériles, se arrepiente, pero eso tampoco tiene sentido: “Yo sé que Natalia está arrepentida de lo que pasó. Y yo

también lo estoy; pero eso no nos salvará del remordimiento ni nos dará ninguna paz nunca” (Rulfo, 2001:19).

El personaje principal se aferra a su fe, la fe en el poder de la Virgen de Talpa, para salir de ese estado deplorable, para recuperarse como sujeto, para volver a ser. Es evidente el simbolismo de los nombres de los personajes y de la obra; *Talpa* que rima con *culpa*, Tanilo Santos, su apellido es claro, y su afán por purificarse con el milagro de la virgen, su enfermedad tiene una intencionada similitud con la sufrida por el santo Job del Antiguo Testamento, el cual era un varón perfecto y temeroso de Dios (Job 1:8). Al igual que Job, Tanilo tiene una enorme prueba de fe, una enfermedad sin nombre que lacera todo su cuerpo. La paciencia y el silencio de aceptación, el horror de ver su cuerpo corrompido por una repugnante erupción, que se convierten en llagas supurantes. Al igual que Job, también Tanilo obtiene su dadiva, el descanso final de su dolor. Aparece también, la analogía de Tanilo Santos y su dolora peregrinación con Jesucristo y su viacrucis, el detalle de la corona de espinas que se auto inflige Tanilo, confirma su deseo de purificación y salvación. Rulfo resalta la idea de que la muerte no es absoluta y que los que mueren no están muy lejos de los que quedan pisando la tierra que los cubre. Y es esta relación la principal causa que hace nacer el sentimiento de culpa y la desesperación ante lo irremediable, conjugado con el peso del pecado ante Dios y los preceptos religiosos.

"Ahora Natalia llora por él, tal vez para que el vea, desde donde está, todo el remordimiento que lleva sobre su alma. Ella dice que ha sentido la cara de Tanilo estos últimos días". (Rulfo, 2001:18).

Muerto Tanilo termina la pena y el dolor para él y empieza para ellos. Nace metafóricamente la enfermedad que horada la consciencia, la culpa, abre los ojos a la terrible realidad y emergen los sentimientos ambiguos que matan la pasión y el deseo. En el mundo creado por Rulfo, los muertos continúan viviendo en la mente de los vivos más allá de la tumba y las piedras que los ocultan. Esta creencia de que los muertos pueden intervenir en el accionar de los vivos acrecienta la figura de la culpa, y esto se observa en la necesidad de enterrar a los muertos y cerciorarse de que queden bien sepultados al amontonar piedras en su sepultura, como un símbolo de que no se desea que regresen, quizás con deseos de venganza. Podemos verlo en la excusa que da fin al texto:

“Es de eso de lo que quizá nos acordemos aquí más seguido: de aquel Tanilo que nosotros enterramos en el camposanto de Talpa; al que Natalia y yo echamos tierra y piedras encima para que no lo fueran a desenterrar los animales del cerro” (Rulfo, 2001:21).

Pero esto solo evidencia el peso de la culpa. La época del año en que se da la peregrinación coincide con la semana santa de la religión católica, momento para confirmar la idea de penitencia y arrepentimiento y la búsqueda del perdón y la salvación. La cuaresma es el tiempo de purificación y preparación para la comunión con Cristo. Pero aquí se da una peregrinación hacia la muerte. Es Tanilo quien sufre el camino de la amargura. La peregrinación tiene como objeto obtener un milagro, ofreciendo el sacrificio de la exhaustiva marcha. En Talpa el cura recita a los peregrinos los milagros y bondades de su virgen, sin embargo ni el amor ni la bondad de la virgen ni todas las piedras sobre la tumba de Tanilo evitarán que Natalia y su amante se revuelquen en los sentimientos de culpa y auto desprecio. El amor, la pasión y el deseo de estar juntos que los condujo a planear su osadía, se extingue:

“Pero ahora que está muerto la cosa se ve de otro modo. Ahora Natalia llora por él, tal vez para que él vea, desde donde está, todo el gran remordimiento que lleva encima de su alma. Ella dice que ha sentido la cara de Tanilo estos últimos días. Era lo único que servía de él para ella; la cara de Tanilo, humedecida siempre por el sudor en que lo dejaba el esfuerzo para aguantar sus dolores. La sintió acercándose hasta su boca, escondiéndose entre sus cabellos, pidiéndole, con una voz apenitas, que lo ayudara. Dice que le dijo que ya se había curado por fin; que ya no le molestaba ningún dolor. Ya puedo estar contigo, Natalia. Ayúdame a estar contigo”, dizque eso le dijo. (Rulfo, 2001:18)

La culpa impide el amor, e incluso el deseo, por lo que la mujer rechaza al hombre; ya no hay paz ni en la vida ni en la muerte. Ahora son ellos quienes emprenden una peregrinación metafórica, tratando inútilmente de dejar el pasado y los aciagos hechos atrás. Una peregrinación sin lugar de culto al cual llegar, es un trasegar en el tiempo, que se repetirá incesantemente en su memoria. No hay para ellos el favor de un dios o una virgen, que merezca la pena el viaje, el sacrificio ofrecido, el dolor autoinflingido. No hay salvación frente a la culpa; pues ni Dios puede devolver el tiempo para deshacer el horror. El recuerdo implacable los seguirá insoslayable.

“Y Natalia se olvidó de mí desde entonces. Yo sé cómo le brillaban antes los ojos como si fueran charcos alumbrados por la luna. Pero de pronto se destiñeron, se le borró la mirada como si la hubiera revolcado en la tierra. Y pareció no ver ya nada. Todo lo que existía para ella era el Tanilo de ella, que ella había cuidado mientras estuvo vivo y lo había enterrado cuando tuvo que morirse.” (Rulfo, 2001:18)

En Talpa hay una fuerza del pretérito que persigue, que une a un pasado de tragedia. La culpa por una falta tan grave, emulada de La Biblia misma, es el recuerdo más agobiante. Como resultado de esta actualización de la culpa, convierte el tiempo en una sombra pesada, estática, de la cual no se puede regresar o cambiar, sin poder escapar a la condena del pasado. La vida y la muerte son una maldición. No hay cura de la enfermedad para ninguno de los personajes, no hay futuro, solo un presente doloroso instaurado en el pasado.

La narrativa se construye a partir de pasiones elementales, solo aparecen paisajes crudos, estériles, hechos de calor, polvo, sol, piedras. Todos estos elementos configuran el comportamiento de los sujetos, o son también quienes los modelan. Todo esto predispone un destino atravesado por la soledad, el dolor, el remordimiento y la muerte; una vida de dolor físico y espiritual, el hambre, la sed, la carencia, la amargura que se respira tan solo en las descripciones del paisaje, el adentro y el afuera, parecen uno mismo en un tiempo más subjetivo que cronológico. La tierra es el elemento omnipresente de la culpa, una inmensa tumba que habitan y que pisan a cada paso los protagonistas y que horada la cabeza con el recuerdo enterrado de Tanilo. La tierra y las piedras constituyen un doble actante; es el espacio donde se desarrollan los hechos y el símbolo del pecado y la culpa que enmarca toda la trama.

Enfermedad y Literatura

La enfermedad ha sido tocada en la literatura a través de la historia, desde los griegos hasta la actualidad contemporánea; es fácil hacer metáforas con este tema, pues la enfermedad y el dolor solo generan conflictos, y que es la literatura sino una sucesión de conflictos, muchos de los cuales quedan irresueltos. Recordemos la enfermedad mental de El Quijote, o las reflexiones profundas del Adriano de Yourcenar o la visión propia de Virginia Woolf, de sus padecimientos: “Estoy segura de que me vuelvo loca de nuevo. Creo que no puedo pasar por otra de esas espantosas temporadas. Esta vez no voy a recuperarme. Empiezo a oír voces y no puedo concentrarme. Así que estoy haciendo lo que me parece mejor [...]” (Woolf, 1993).

Talpa es un claro ejemplo de la enfermedad como sintagma nominal preponderante, como sujeto actante que estructura una narrativa. Toda definición de enfermedad produce un tipo de conflicto en el campo ficcional: los que afectan directamente a los personajes, ya sea físico o como es más común, el dolor por las pasiones y los sentimientos, el pecado y la culpa, el deseo de venganza y la envidia, la ambición, los celos, y los más oscuros e incomprensibles deseos. Entonces, la literatura muestra siempre estados mórbidos, la novela negra muestra sociedades enfermas, la novela rosa sujetos afectados por sentimientos enfermizos y delirios patológicos. La literatura muestra la enfermedad en sus distintas caras y retrata también la salud emocional de sus creadores. Esa relación, cada vez mirada más de cerca por la ciencia, “de mente sana en cuerpo sano”, esa inseparable verdad, que nuestro cuerpo no es más que un reflejo de nuestro pensamiento, nuestras pulsiones y emociones dictan el bienestar de estuche que nos envuelve. Aquí es menester nombrar quizás algunos clichés: Don Quijote de la Mancha o Madame Bovary, por mencionar solo algunos. Desde el punto de vista de la enfermedad, el canon literario tiene una gran tema, mostrar la intimidad del hombre; si pensamos muchos de los más oscuros sentimientos del hombre como enfermedad y su inmensa metáfora; el deseo, la envidia, los celos, el miedo, la injusticia social, la ambición desmedida, la necesidad de venganza entre tantos otros, que configuran todo el imaginario interior, la realidad simbólica de cada sujeto. Recordemos La metamorfosis de Kafka y su enorme metáfora.

Hay grandes obras sobre la enfermedad, o mejor dicho, sobre los enfermos. Cuando se relata el dolor del cuerpo o del alma, indefectiblemente se piensa en la muerte como sino, por eso, cuando la literatura habla de enfermedad, habla de fin, de terminación. Pero también, habla de transformación y cambio, de proceso, de metamorfosis. Moldeando y perfeccionando a los hombres, acabando imperios y deconstruyendo ideales.

La enfermedad es una tierra yerma, como los paisajes de Rulfo, donde nadie quiere estar, o al menos transitar de manera rápida, pero la indefectible introspección que suscita en el paciente dicho estado, en el que parece que el tiempo se detuviese, ese tiempo subjetivo que obliga a mirar todo desde otro ángulo. El mundo se viene abajo cuando se tiene consciencia de la enfermedad. Se acaba la vida, se acaba la perspectiva, se acaba el proyecto de futuro, se rompe. No hay futuro, no existe, se piensa que el peregrinaje de la existencia ha llegado a un fin; y con él viene la duda, la incertidumbre de si se ha hecho lo correcto, si se ha vivido todo, si se ha aprovechado ese instante entre un silencio y otro que es el tiempo de la vida.

La enfermedad reinventa tiempo e introspección. La mirada viaja desde el pasado sano hasta el presente enfermo. El futuro se observa como un espacio lejano e incierto, como un tiempo en el cual no debe cavilarse. Por eso hay quienes conjugan el tiempo enfermedad sólo en presente (Kraus, 2004:8).

En palabras de Virginia Woolf:

” (...) La literatura procura sostener por todos los medios que se ocupa de la mente; que el cuerpo es una lámina de vidrio plano por el que el alma ve directa y claramente y, salvo por una o dos pasiones, como deseo y codicia, es nulo, insignificante e inexistente. Mas lo cierto es todo lo contrario. El cuerpo interviene todo el día, toda la noche; se embota o se agudiza, se embellece o se marchita, se vuelve cera en el calor de junio, se endurece como sebo en la oscuridad de febrero. La criatura de su interior sólo puede mirar por el cristal – sucio o sonrosado; no puede separarse del cuerpo como la vaina de un puñal o de un guisante ni un momento; ha de seguir el interminable desfile de los cambios completo, frío y calor, bienestar y malestar, hambre y saciedad, salud y enfermedad hasta que llega la catástrofe inevitable; el cuerpo se desmorona y el alma se libera (dicen). Pero no existe registro de todo ese cotidiano drama del cuerpo. Siempre se escribe sobre las

obras de la mente, las ideas que se le ocurren, sus nobles planes; cómo ha civilizado el universo. La muestran ignorando al cuerpo en la torre del filósofo; o lanzándolo como a un viejo balón de cuero a cruzar leguas de nieve y desierto en pos de conquista o descubrimiento. Se olvidan de estas grandes guerras que libra el cuerpo con la mente esclava en la soledad del dormitorio contra el asalto de la fiebre o la llegada de la melancolía. No hay que buscar lejos la causa. Afrontar estas cosas requeriría el valor de un domador de leones; una filosofía vigorosa; una razón arraigada en las entrañas de la tierra. A falta de esto, este monstruo, el cuerpo, este milagro, su dolor, nos harán refugiarnos enseguida en el misticismo o a elevarnos con un rápido batir de alas en los arrebatos del trascendentalismo. La gente diría que una novela dedicada a la gripe carecía de argumento; se quejaría de que no había amor en ella – erróneamente sin embargo, pues la enfermedad asume a veces el disfraz del amor, y realiza los mismos trucos extraños. Confiere la divinidad a algunos rostros, nos obliga a esperar hora tras hora, atentos al crujido de una escalera, y adorna los rostros de los ausentes (bastante corrientes en la salud, bien lo sabe el cielo) con un nuevo significado, mientras la mente urde mil leyendas y romances sobre ellos para los que no tiene tiempo ni inclinación en la salud. Contribuye, por último, a dificultar la descripción de la enfermedad en la literatura la pobreza del idioma. La lengua inglesa que puede expresar los pensamientos de Hamlet y la tragedia de Lear carece de palabras para describir el escalofrío o el dolor de cabeza. Se ha desarrollado en una sola dirección (...)" (Woolf, 1925).

Referencias

Calle Valencia, F. (2013). *El deseo de enfermar: Por qué enfermamos?* Medellín: Pulso y Letra.

Caycedo Bustos, M.L. (2001). La muerte en la cultura occidental: antropología de la muerte. *Revista colombiana de psiquiatría*, 35,332-339.

Chemama, Roland & Vandermersch, Bernard (2004). *Diccionario del psicoanálisis..* Buenos Aires: Amorrortu Editores

Kraus, A. (2004). Las letras como cura. *Revista de poesía Alforja*, 31, 6-8

Martel, Jackes (2014). Gran diccionario de las dolencias y las enfermedades.

Martínez Passarge, M.L. (2001). Poética del cuerpo enfermo.

Rulfo, J (2001). *El llano en llamas*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (1998). *Cuadernos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sigmund, F (1982). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Sontag, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas*. México: Punto de Lectura. *Revista de poesía Alforja*, 31,1-3.

Woolf, V (1993). *Diario íntimo*. Madrid: Grijalbo.
